

Efectos de lo traumático en la subjetivación

Fanny Schkolnik¹

Resumen

En el trabajo se plantea lo traumático como una noción fundamental del psicoanálisis que apunta a los límites borrosos entre acontecimiento y fantasía, pulsiones de vida y muerte, sexualidad y narcisismo, represión originaria y secundaria. Este concepto también convoca a interrogar los efectos en las nuevas subjetividades del contexto cultural y socio-económico actual. Si la reactivación de huellas inconcientes que no pudieron procesarse en su momento tampoco lo hacen en el a posteriori, configuran el trauma propiamente dicho, destino patógeno de la situación traumática. Tomando el modelo de la sexualidad, se subraya el doble carácter de lo traumático como estructurante y patógeno. El trauma propiamente dicho da cuenta de fallas en el proceso de simbolización. Si bien las marcas de lo percibido, en tanto se invisten desde la pulsión, siempre se inscriben en el psiquismo, hay carencias a nivel de las cadenas representacionales, por falta de ligazón con representaciones-palabra. Acorde con estos planteos en el tratamiento se privilegian las construcciones para favorecer la configuración de una malla representacional simbolizante.

Descriptores:

Situación traumática / Trauma / Representaciones/

Simbolización/Construcciones

¹ Miembro Titular de APU. Francisco Muñoz 3013-11300 Montevideo
E-mail fschkol@chasque.net

El concepto de lo traumático constituye una noción fundamental del psicoanálisis que nos permite pensar hasta qué punto se desdibujan los límites entre el acontecimiento y la fantasía, así como entre las pulsiones de vida y de muerte, la sexualidad y el narcisismo, la represión originaria y la secundaria. Por otra parte, nos convoca a interrogar los efectos en las nuevas subjetividades del contexto cultural y socio-económico actual, propio de un mundo muy distinto del de fines del siglo XIX o principios del XX en el cual Freud acuñó este concepto. Pero también es necesario precisar desde qué perspectiva nos ubicamos para encararlo, dado que tanto en la medicina como en otras disciplinas no se lo concibe de la misma forma que en psicoanálisis.

Los planteos freudianos a lo largo de su extensa obra varían, desde los primeros textos, en los que el acento estaba puesto fundamentalmente en el factor cuantitativo y el acontecimiento externo, a la jerarquización posterior de la fantasía y la pérdida del objeto, hasta reunir finalmente ambos factores con la noción de serie complementaria. Actualmente destacaríamos el papel del otro, subrayando entonces que lo traumático responde a la reactivación de marcas que de una u otra forma remiten siempre a los primeros encuentros con el otro originario. Se trata de huellas inconcientes de vivencias que no pudieron elaborarse y que han incidido de alguna manera en las características de la dinámica pulsional y del mundo representacional del sujeto.

A mi modo de ver, la distinción entre situación traumática y trauma propiamente dicho permite visualizar mejor las dos vertientes de lo traumático: su carácter estructurante y su destino patógeno. Por un lado, la situación traumática en sí misma se caracteriza por el impacto en el sujeto de lo que en su momento resultó inestabilizante e inelaborable, pero que si logra procesarse posteriormente podrá tener un efecto estructurante para el psiquismo. Por otro lado, la vertiente que corresponde al trauma propiamente dicho constituye el

destino patógeno de lo que no pudo llegar a procesarse tampoco en el a posteriori, con manifestaciones clínicas que denuncian las fallas en la simbolización.

En cuanto a las diferencias que caracterizan estos dos destinos de lo traumático, pienso que podemos pensarlas a partir del modelo de la sexualidad que se desprende de la propuesta freudiana, cuyo carácter traumático nos remite precisamente a las dos vertientes mencionadas: la estructurante y la patógena. El vínculo originario tan estrecho que se da esencialmente a nivel de lo corporal y en el cual circulan los deseos sexuales inconcientes del adulto (en particular de la madre), deja sus marcas en el cuerpo y el psiquismo del niño. Como el infans no dispone de los recursos necesarios para procesar a nivel psíquico estos mensajes inconcientes que provienen de los impulsos vinculados a la sexualidad del otro, se configura una verdadera situación traumática que contribuye a la estructuración psíquica en tanto genera las condiciones que dan lugar a la represión originaria en la que surgen los esbozos del yo y el inconciente. A punto de partida de esta primera división de los orígenes se instaura luego la represión secundaria. Es en este sentido que pensamos la sexualidad como fundante del psiquismo, a partir de ese encuentro con el otro originario. La situación traumática inconciente a procesar responde en este caso a lo inconciente reprimido.

Pero los primeros vínculos objetales pueden llegar a tener también efectos patógenos dando lugar al trauma propiamente dicho cuando se presentan dificultades en la necesaria resignificación en el a posteriori de ansiedades que surgen en relación con el objeto primario vinculadas al peligro de lo fusional e incestuoso, si el otro invade en forma particularmente intrusiva el espacio propio del sujeto. Como consecuencia del fracaso en la represión, se reactivan las marcas de lo traumático que sufrieron los efectos de la desmentida y se ponen de manifiesto a través de actos que implican un retorno de lo escindido inconciente. Al no poder darse el necesario trabajo de simbolización el sujeto queda preso de la repetición en un intento elaborativo habitualmente condenado al fracaso.

¿Qué elementos determinan uno u otro destino de lo traumático? Creo que en este sentido hay que valorar las condiciones de la estructuración psíquica previa y las características de la propia situación traumática. Respecto a la estructuración psíquica previa, importa tener en cuenta en qué medida la represión originaria ha permitido una discriminación relativamente establecida con el objeto, abriendo camino para que la represión secundaria instaure la diferenciación conciente-inconciente, manteniendo a la vez cierta permeabilidad entre ambas instancias para que pueda realizarse el trabajo elaborativo que permita la inserción en la trama representacional de lo no procesado previamente. Las fallas en la represión originaria dan lugar a un predominio de la desmentida y la escisión del yo dificultando el trabajo psíquico con lo traumático. La indiscriminación con el objeto lleva a una disminución de los recursos yoicos para enfrentar los embates de la pulsión de muerte y conduce a la amenaza de desestructuración psíquica con los efectos patógenos consiguientes.

Esta amenaza no solamente surge por fallas a nivel de los orígenes del sujeto, dado que la represión originaria también puede ser sacudida posteriormente por efecto de distintos factores, vinculados tanto a la peripecia individual como al impacto en el individuo de lo social, en situaciones límite que tienden a anular el ámbito de lo privado, con lo cual determinan efectos demoledores de la subjetivación generando vivencias desestructurantes.

En este sentido, sabemos lo que afectan las enfermedades graves, propias o de personas muy próximas, las muertes, los accidentes, las rupturas y cambios importantes a nivel de la organización familiar o social, las guerras, la cárcel, la tortura, la emigración o los momentos vitales removedores como la adolescencia y la edad media de la vida. Algunas de estas situaciones son de una entidad desintegradora del psiquismo de tal magnitud que siempre dan lugar a marcas traumáticas inelaborables, aún en sujetos cuya historia previa haría suponer que disponen de mayores recursos para impedir que esos traumas invadan al psiquismo masivamente.

Pero también importa tener en cuenta que si bien lo traumático desestabiliza, hiere y produce sufrimiento, desempeña un rol fundamental en el sentido de

promover transformaciones y jugar entonces un papel verdaderamente estructurante. A partir de esos momentos movilizados que implican el desprendimiento y la separación de vínculos objetales muy fuertes a los cuales se encuentra atado, se pueden dar también los cambios que favorecen el crecimiento y la afirmación del sujeto.

La intrincada confluencia entre los factores estructurales y las particularidades de situaciones traumáticas que se pueden dar a lo largo de la vida, no nos permite saber qué elementos inciden en lo singular de cada sujeto, para dar lugar a un destino estructurante o patógeno, en tanto siempre confluyen varios hilos de una trama que se constituye también desde lo inconciente.

Desde un punto de vista metapsicológico, yo no diría que en el caso del destino patógeno de lo traumático hay ausencia de representaciones. Si bien hay quienes lo plantean de esta manera, desde mi punto de vista esto nos llevaría a admitir que muchas vivencias no traspasan el umbral de lo meramente perceptivo-sensorial, con lo cual dejaríamos de lado la incidencia de lo pulsional sobre los estímulos que provienen del otro, vinculados a sus propios deseos inconcientes. Por eso, a mi modo de ver, las marcas de lo percibido, en tanto se invisten desde la pulsión, se inscriben siempre como representaciones a nivel psíquico, configurando la dimensión propia de lo humano y fundante del psiquismo. Y podríamos pensar, teniendo en cuenta lo que Freud planteaba en la Carta 52 (5 a), en distintos tipos de inscripciones que estarán o no disponibles a la resignificación necesaria para su procesamiento psíquico.

De una u otra forma pienso que algo siempre se inscribe en el psiquismo, desde el momento en que el sujeto toma contacto con ese otro que lo marca con sus deseos inconcientes. Aunque las manifestaciones de la clínica parecen a veces mostrarnos un vacío representacional, si afirmamos que en estos casos habría verdaderamente una ausencia de representaciones corremos el riesgo de desestimar la distancia que existe entre la postura metapsicológica y el registro fenomenológico. Pensamos más bien que en estos casos la falla estaría en la dificultad de establecer cadenas representacionales que permitan

la tarea de resignificación imprescindible para la elaboración psíquica a través de la ligazón con la palabra.

Retomando la noción de representaciones-meta (Zielvorstellung) (5b), que Freud utilizó en sus primeros trabajos, concibiéndolos como elementos inductores cuyo papel sería el de guiar el curso de las asociaciones, me he planteado la hipótesis de que la carencia de dichas representaciones a nivel del preconciente sería un importante obstáculo para la organización de las secuencias representacionales que se establecen en el proceso de simbolización. Desde esta perspectiva, lo irrepresentable en psicoanálisis correspondería a esa falta de ligazón con las representaciones-palabra, teniendo siempre en cuenta que aún cuando el paciente no disponga de palabras para expresar las vivencias de lo que hace marca en su psiquismo, tampoco puede considerarse completamente independiente de ellas en tanto seres humanos estamos inmersos en un mundo de lenguaje.

Se trataría entonces de un fracaso en las posibilidades de simbolización, dado que ésta implica un proceso que surge a partir de la ligazón entre representaciones, permitiendo que se configure una verdadera malla que habilita la circulación del afecto y la necesaria resignificación que promueva la apertura al sentido (15c). Las fallas en este sentido dan lugar a limitaciones más o menos importantes para instaurar ese registro metafórico imprescindible en el trabajo elaborativo que permanentemente tiene que realizar el sujeto para evitar el exceso de excitación no ligada. Al no poder establecerse suficientemente las secuencias, redes, ni estructuras simbólicas, susceptibles de organizar de alguna manera lo que proviene de lo pulsional, se dificulta el proceso de resignificación y la consiguiente emergencia de sentidos.

Y cuando fracasa ese encadenamiento representacional que posibilita el surgimiento del sentido mediante la resignificación, el exceso de excitación lleva a las más diversas formas de actuación, así como a diferentes manifestaciones somáticas por un cortocircuito psique-soma, depresiones importantes y un tipo de angustia desbordante que en la vivencia del paciente se vincula al riesgo de una verdadera muerte psíquica. Desde la perspectiva en que yo me ubico, diría que en estos casos habría fallas a nivel

del preconciente vinculadas a la dificultad para disponer de las representaciones-palabra imprescindibles para que sujeto pueda procesar sus vivencias.

Diversos autores psicoanalíticos recorren distintos caminos de teorización, para pensar los trastornos en la simbolización.

Laplanche destaca la importancia de la represión originaria como instauradora, por una parte de los esbozos del Yo, y por otra del inconciente primordial cuyas representaciones-cosa estarían desde su punto de vista desprovistas de sentido en si mismas por ser incapaces de ligazón en tanto están sometidas a la acción de la pulsión sexual de muerte (7b). Su planteo nos lleva a pensar, tal como yo lo entiendo, que sólo con la represión secundaria que implica la participación de las representaciones de palabra se darían las ligazones que permiten el encadenamiento representacional simbolizante. La posibilidad de que no existan fallas importantes en el proceso de simbolización dependería entonces de que ese primer paso de la represión originaria haya podido abrir el camino de las traducciones, fundamental para la tarea de resignificación en el psiquismo.

Green (6b) sugiere que la noción de irrepresentable debería reservarse para lo que no puede inscribirse como representante psíquico de la pulsión, en tanto no tiene la posibilidad de ingresar a una cadena de representaciones gobernada por el deseo inconciente debido a la función desobjetalizante que resulta de los efectos de la pulsión de muerte. Y lo que no puede convertirse en psíquico da lugar a un excedente de energía que busca necesariamente descargarse. En este caso está en juego lo que este autor califica como función desobjetalizante, vinculada a la acción de la pulsión de muerte, que no sólo compromete la relación con el objeto sino también todos los sustitutos de éste, como puede ser el propio yo o el acto mismo de la investidura. Se trataría de un narcisismo negativo que afecta al proceso objetalizante y que en lugar de hacer que las investiduras del Yo tiendan a la unidad, las orienta hacia la búsqueda del cero, disociando así la destructividad de la agresividad.

C. y S. Botella (3) se refieren a lo irrepresentable remitiéndose al concepto de trauma. Lo traumático, para ellos, no provendría de la intensidad de las percepciones, ni del contenido representacional, sino de la incapacidad de transformar, de convertir una vivencia en algo psíquico. Habría una fractura, un hueco en la trama de las representaciones, que provocaría la violencia de los afectos y la desorganización del psiquismo. Y al no alcanzarse plenamente el registro de la representación, el sujeto quedaría expuesto al efecto desorganizador de las presentaciones, que lleva a intensas vivencias de desamparo.

Apoyándose en los planteos freudianos acerca de las fobias, Laplanche propone distintos niveles de simbolización. Un primer nivel sería el de las neurosis actuales. En este caso, no habría una cadena determinada de representaciones sino un afecto, una angustia libremente flotante que ha buscado domiciliarse en cierta representación apropiada para fijarlo. Se trataría de una soldadura casi arbitraria. Por lo tanto, no hay posibilidad de reconducir una representación a otra más originaria, ni de acceder al conflicto que da lugar a los síntomas, dado que la representación a la que se liga el afecto no es sustituto simbólico de una representación reprimida.(7a). Esta sería también, la situación de los pacientes psicósomáticos con pensamiento operatorio- tal como los ha descrito Marty- (9) cuya expresión somática no permite acceder a una fantasmática subyacente, porque falta precisamente la cadena representacional que habilita el acceso al ámbito de lo psíquico. En un segundo nivel estarían las fobias de las psiconeurosis, particularmente la histeria de angustia, en la que Freud plantea que una representación es sustituto de otra. Esto da lugar a que el síntoma adquiera un sentido y refleje el conflicto. Es el caso del pequeño Hans, en el cual la fobia al caballo representa el conflicto con el padre. Aquí habría ya una cadena representacional que remite a la historia del sujeto y permite el trabajo de análisis (5e). Finalmente, como señala Laplanche, otro nivel de simbolización que sin duda importa tener en cuenta es el de la ligazón entre grupos de representaciones, que da lugar a las teorías sexuales infantiles y los complejos de Edipo y castración (7b).

En cuanto al papel de la pulsión de muerte en los trastornos vinculados a las fallas en la simbolización, pienso que fueron muy importantes los aportes que

hicieron, a comienzos de la década del 70 distintos autores postfreudianos entre los que se destacaron particularmente, Green (6a) en Francia, Rosenfeld (11) en Inglaterra y Luisa de Urtubey (4) en Uruguay. Sus propuestas permitieron entender mejor la incidencia del narcisismo tanático en las patologías graves en tanto teorizaron en torno a la relación entre narcisismo y pulsión de muerte, oponiendo el narcisismo de vida, al narcisismo de muerte y mostrando los riesgos de una desinvestidura del yo por efecto de la pulsión de muerte no suficientemente neutralizada por la pulsión de vida. La desconexión entre representaciones por la acción desligante de la pulsión de muerte lleva a la dificultad para procesar los estímulos, tanto provenientes del mundo interno (demandas pulsionales), como del exterior. En estos casos, falta ese necesario trabajo de elaboración psíquica que requiere posponer la satisfacción, o tolerar el dolor sin pretender expulsarlo con actuaciones violentas, ni quedar invadido por angustias de aniquilación, desconectándose del mundo externo o interno y tendiendo a borrar la diferencia entre ambos.(14)

Muchas veces la violencia está también al servicio de una búsqueda de ser, a través del acto, una forma de escapar de la muerte psíquica que puede llegar a ponerse de manifiesto a través de variadas formas de conductas delictivas. En la "Estructura de la maldad", Bollas (2) estudia el caso de los asesinos en serie. Y afirma que estos sujetos no matan por odio. Lo que buscan en realidad es reconstituir el espacio potencial del comienzo de su vida; la situación en que se sintieron víctimas de muerte psíquica. Buscan matar, en sus víctimas, a los padres que les han hecho experimentar la muerte psíquica en la infancia. Pero también, al matar al otro, tratan de conectarse con vivencias que ellos mismos experimentaron de niños. Funcionan como muertos-vivos que necesitan de la muerte de otro, para sentirse vivos.

La noción de desmentida, que se asocia con una escisión del yo, nos permite avanzar en la comprensión de estos pacientes, en tanto nos remite a los trastornos en la discriminación. (13). Si bien Freud desarrolló particularmente este concepto en relación con la angustia de castración, estudiando el caso de los pacientes fetichistas, dejó caminos abiertos para seguir pensándolo en otras patologías, cuando se refirió a la desmentida en la psicosis. Los desarrollos postfreudianos acerca de patologías narcisistas, han llevado a

plantear que este mecanismo juega un papel importante para intentar mantener la indiscriminación con el otro, mediante una desmentida de la alteridad. El paciente sabe que está con otro, pero a la vez lo desmiente y se conduce como si fuera una prolongación de sí mismo. Se mantienen así las dos corrientes que caracterizan a la desmentida; una que corresponde al saber y otra, acorde con el deseo (5f).

Pienso que los planteos de Rosolato (12b) son los que más se acercan a dar cuenta de las características de la desmentida en patologías graves que desbordan el ámbito de las neurosis. Para él, la desmentida implica la percepción de una realidad intolerable, que no se admite y se actúa desconociéndola. Y agrega que es un mecanismo de defensa que compromete significantes no verbales, como son los que denomina significantes de demarcación. También dice que la conocida fórmula de Mannoni, “ya lo sé pero aún así” (8) sostenida en los significantes lingüísticos, sería más apropiada para pensar en la denegación que en la desmentida. Con la propuesta de Rosolato nos acercamos a entender el funcionamiento psíquico cuando hay propiamente una escisión del yo. Un sector del yo es capaz de percibir esa realidad intolerable, y otro, la desconoce tan radicalmente que actúa en función de ese desconocimiento. El pasaje al acto marca una diferencia importante con el planteo de Mannoni, que parece más apropiado para pensar situaciones en las cuales no hay una verdadera escisión del yo, en tanto corresponden a un conflicto entre el saber y la creencia en el seno de la instancia yoica y que se dan fundamentalmente en la neurosis.

Sin embargo, no podemos dejar de considerar que la experiencia clínica y la profundización teórica en relación al funcionamiento narcisista, han llevado a tener en cuenta cada vez más la incidencia de la desmentida y la correspondiente escisión del yo, como mecanismos defensivos que se ponen en juego frente a situaciones traumáticas de diverso orden, también en los pacientes neuróticos. Por eso, no podemos afirmar que en las neurosis lo traumático puede procesarse siempre. Junto a la conflictiva propia de lo edípico, aunque no exista una falla tan marcada de la estructuración psíquica, pueden estar también los conflictos que caracterizan al narcisismo arcaico, en el cual a la indiscriminación se suman importantes carencias libidinales. (15 b)

Y tampoco podemos decir que en las patologías que desbordan la neurosis las situaciones desestabilizantes que catalogaríamos como traumáticas tienen siempre un carácter negativo y patógeno, porque a veces pueden movilizar aspectos paralizados del paciente y romper el círculo vicioso de la repetición.

Por otro lado, es imprescindible que nos preguntemos en qué medida las características socio-culturales del mundo actual han incidido en cuanto a determinar una mayor frecuencia de patologías vinculadas con factores traumáticos. ¿Podríamos afirmar que los cambios en la familia y de los valores que se privilegian actualmente han hecho tambalear los referentes identificatorios básicos para la constitución del sujeto? No hay repuestas fáciles para estos interrogantes pero lo que sí podemos decir es que estamos en un período de profundas transformaciones que sin duda tienen efecto en el psiquismo. En este sentido, se abrieron caminos nuevos para la comprensión de lo no simbolizado, con los conceptos que hace aproximadamente un cuarto de siglo plantearon N. Abraham y M. Torok (1), con la teoría del fantasma (fantôme), basada en la idea de que el individuo es un grupo interiorizado cuya psique está sometida a la prueba de las generaciones. Los deseos del otro originario no corresponden solamente a lo vivenciado en su historia individual, sino que también remiten a lo inter y lo transgeneracional. De acuerdo con esta concepción del psiquismo, la vida psíquica de cada individuo se construye en interacción con la de sus allegados, marcada por los objetos internos de sus padres y, a través de ellos, de sus ascendientes. Estos planteos nos llevan a valorar particularmente la incidencia en el sujeto, tanto de los acontecimientos históricos de la propia familia como de la sociedad en la que está inmerso. Diversos autores se refieren a los traumas que surgen por lo no procesado a nivel familiar, que se transmiten a través de las generaciones constituyendo identificaciones alienantes.(15 a)

Un aporte interesante en esta línea de investigación es el de Tisseron (16), que diferencia tres situaciones para ubicar los problemas de lo inter y transgeneracional: lo indecible, lo impensable y lo innombrable. Lo indecible surge cuando en una generación no se hace el trabajo de elaboración psíquica frente a una experiencia traumatizante, dando lugar a un clivaje, que va a constituir para las generaciones posteriores una prehistoria de su historia

personal. El acontecimiento es indecible porque está presente psíquicamente en aquel que lo ha vivido, pero no puede hablar de ello. En la generación siguiente, estamos en la situación de las influencias intergeneracionales. El hijo, criado por padres portadores de un traumatismo no elaborado, instala un clivaje que afecta a su psiquismo en su conjunto. Y los acontecimientos que para la otra generación eran indecibles, para ésta son innombrables. No pueden ser objeto de ninguna representación verbal. Sus contenidos son ignorados y su existencia es sólo presentida e interrogada. Estos hijos pueden desarrollar dificultades de pensamiento o de aprendizaje y temores inmotivados, fóbicos u obsesivos. Finalmente, en la otra generación, los acontecimientos traumáticos, que son ahora de los abuelos, se han convertido en impensables. El sujeto ignora la existencia misma del traumatismo no procesado en los abuelos, pero encuentra en sí mismo sensaciones, emociones, imágenes o tendencia a ciertos actos, que le parecen bizarros y que no puede explicar por su vida psíquica o familiar.

Con respecto al tratamiento, también se han dado cambios que seguramente responden a múltiples factores. Pero me parece importante subrayar el papel destacado que han pasado a tener las construcciones, en tanto el objetivo a plantearse con lo escindido y no simbolizado implica necesariamente una tarea de construcción o reconstrucción, para facilitar una ligazón entre representaciones que habilite a una mayor simbolización. Pienso que no es casual que el trabajo publicado por Freud acerca de las construcciones (5h) haya surgido en sus últimos años como fruto de su larga experiencia, pero también luego de enfrentarse a la complejidad de la psicopatología y la clínica psicoanalítica a partir de la segunda tópica que permite ahondar en los problemas que derivan de la incorporación al edificio metapsicológico de dos nociones fundamentales, como son las de narcisismo y pulsión de muerte.

En el proceso del análisis hay que tener en cuenta particularmente lo que no ha quedado inserto en cadenas representacionales de sentido, sabiendo que lo que nunca pudo ser traducido, ha dejado sin embargo marcas, huellas que hacen síntoma. Y es precisamente con las construcciones que se podrían establecer mejor esos nexos que faltan en el psiquismo, que son imprescindibles para organizar y dar lugar a la resignificación. En este sentido,

quisiera rescatar los conceptos freudianos de representaciones-meta y de representaciones-expectativa que a mi modo de ver nos ayudan a pensar el papel de las construcciones. Las representaciones-meta, o representaciones-fin, como ya mencioné, serían aquellas representaciones privilegiadas que permanecen cargadas y ejercen atracción sobre otras haciendo más permeables, mejor facilitadas, todas las vías que conducen a ellas. Son verdaderos elementos inductores, capaces de organizar y orientar el curso de las asociaciones. Y las representaciones-expectativa, constituyen también un aporte teórico valioso para la comprensión de lo que implica la cura en psicoanálisis, a pesar de haber sido mencionadas muy pocas veces a lo largo de la extensa obra freudiana. Recordemos que al referirse a ellas Freud les atribuye un papel importante en el tratamiento (5c) :“El mecanismo de nuestra terapia es fácil de comprender ; proporcionamos al enfermo la representación-expectativa conciente, por semejanza con la cual descubrirá en sí mismo la representación inconciente reprimida.”

Actualmente, reformularíamos el planteo de Freud, para el caso de lo desmentido y escindido, diciendo que lo fundamental en estos casos es que el analista, en el marco propio del campo de la transferencia, realice con el paciente una tarea de construcción o de reconstrucción a partir de ciertas representaciones-expectativa, intentando promover la apertura de nuevas vías asociativas que configuren una malla sostenida por representaciones-meta. De este modo, se buscaría una aproximación a aquellas representaciones que no han podido aún tener acceso a la traducción mediante la ligazón con la palabra. En el caso de las patologías más graves, si bien con el análisis se puede lograr muchas veces una mejoría en cuanto al desprendimiento de identificaciones patógenas muy paralizantes, habrá que transitar por momentos difíciles en tanto tendrán que darse necesariamente los imprescindibles procesos de desidentificación que son muy dolorosos e implican el riesgo de actuaciones que marcan muchas veces los límites del trabajo analítico.

Más allá de las características de las distintas entidades psicopatológicas y la singularidad de cada encuentro analítico, pienso que el análisis implica siempre en última instancia, un trabajo con lo traumático. Y sus efectos dependerán de

la posibilidad que exista de favorecer el despliegue representacional que permita resignificar lo que no pudo acceder suficientemente a la historización que resulta del necesario movimiento psíquico simbolizante.

BIBLIOGRAFÍA

- 1 ABRAHAM, N; TOROK, "*L'écorce et les noyaux*", Paris, Flammarion. M.(1987)
- 2 BOLLAS, C.(1993) *Estructura de la maldad*. Conferencia pronunciada en Jornadas de APU, abril 1993.Montevideo
- 3 BOTELLA, C. y S.(1997) *Más allá de la representación*. Ed. Promolibro, Valencia
- 4 DE URTUBEY, "Sobre el narcisismo y una de sus formas de expresión: el autismo transferencial 'frente al espejo' "- *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* - Tomo XIII.Montevideo
- 5 FREUD,S.
 - a- (1896)-*Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud- Carta 52*. Obras Completas. Tomo I, Amorrortu , Buenos Aires
 - b- (1900)- *La interpretación de los sueños*. Obras Completas. Tomo V, Amorrortu, Buenos Aires
 - c- (1910) –*Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica*. .Obras Completas Tomo XI, Amorrortu, Buenos Aires
 - d - (1915) - *Lo inconciente*. Obras completas Tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires
 - e- (1926)- *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras Completas. Tomo XX, Amorrortu, Buenos Aires.

- f- (1927)-*Fetichismo*. Obras Completas Tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires
- g -(1930)- *Malestar en la Cultura*.Obras Completas Tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires
- h- (1937)- *Construcciones en el psicoanálisis*. Tomo XXIII, Amorrortu, Buenos Aires
- i- (1940)-*Esquema del psicoanálisis*. Tomo XXIII, Amorrortu, Buenos Aires.
- 6 GREEN, A. a-(1986)-*Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Amorrortu, Buenos Aires.
b-(1996) -*La metapsicología revisitada*, EUDEBA, Buenos Aires.
- 7 LAPLANCHE, J. a. *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*, Amorrortu, Buenos Aires, 1988.
b. *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Amorrortu, Buenos Aires, 1996.
- 8 MANONNI, O.(1973) *La otra escena*. Amorrortu, Buenos Aires.
- 9 MARTY, P(1991) *Puntos de fijación somática. En: Lecturas de lo somático*. Lugar Editorial, Buenos Aires.
- 10 MARUCCO, N. a. “Narcisismo, escisión del yo y Edipo: una introducción a manera de epílogo”. *Revista. de Psicoanálisis*, T. XXXV, N° 2, 1978.Buenos Aires
b. “La identidad de Edipo: acerca de la escisión del yo, de la compulsión a la repetición y de la pulsión de muerte”. *Revista de Psicoanálisis* TXXXV, N° 5, 1978.Buenos Aires
- 11 ROSENFELD,H, (1971-72) “Aproximación clínica a la teoría psicoanalítica de los instintos de vida y muerte: una investigación en los aspectos agresivos del narcisismo”. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo XIII.Montevideo

- 12 ROSOLATO, G.(1984).
a. "Destin du signifiant", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, N° 30. Paris
b. "Lo negativo y su léxico". En: *Lo negativo*. Amorrortu, Buenos Aires
- 13 SCHKOLNIK, F.; SVARCAS, M . (1991). "El dilema del paciente narcisista – fronterizo". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. 74, Montevideo
- 14 SCHKOLNIK, F. y col.(1995) "Discurso y texto en pacientes psicóticos". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. 84-85, Montevideo.
- 15 SCHKOLNIK, F.
a. "Polisemia del narcisismo", *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 77, Montevideo, 1993
b. "Lo arcaico en la neurosis". Publicado de las IX Jornadas Psicoanalíticas de APU. Montevideo. Setiembre de 1995
c. Representación, resignificación y simbolización. *Revista de Psicoanálisis*. Número Especial Internacional. 1998-1999 Buenos Aires
- 16 TISSERON, S.(1997) "El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones". En: *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Amorrortu, Buenos Aires.